

15. Se hizo carne para vivir con nosotros

Cristo se hizo hombre, vino al mundo para permitir que el hombre esté familiarizado con Dios.

"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, la gloria que como Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14).

Juan parece reanudar el testimonio de Esteban, que ve la gloria de Cristo a la derecha del Padre. Pero para permitirnos contemplar su gloria, el Verbo se hizo carne y vino a habitar entre nosotros. Se hizo hombre, y un hombre que vive con nosotros, que se abre a vivir una posición de familiaridad con nosotros.

En su primer encuentro con Jesús, Juan parece que quiere ilustrar este anuncio del Prólogo de su Evangelio, ya que describe como, a la pregunta de Jesús: '¿Qué buscáis?', él y Andrés responden: 'Maestro, ¿dónde vives?' (cf. Jn 1,38). ¿Percibieron que Él era la Palabra de Dios que vino a habitar entre nosotros? ¿Intuyeron que Él estaba presente precisamente por esta razón, para que el hombre fuera a ver dónde vivía y se quedara con Él todo el día?

Sin embargo, fue ese día cuando los primeros discípulos descubrieron la fascinación de una posibilidad de familiaridad con Dios en Cristo, que luego irán profundizando cada vez más a lo largo de su vida, reconociendo en Él la plenitud de su vida y la plenitud para todos, que debe ser anunciada y transmitida a todos, tal y como San Juan lo expresa explícita y definitivamente al comienzo de su primera carta:

"Os escribimos acerca de lo que ya existía desde el principio, de lo que hemos oído y de lo que hemos visto con nuestros propios ojos. Porque lo hemos visto y lo hemos tocado con nuestras manos. Se trata de la palabra de vida. Esta vida se manifestó: nosotros la vimos y damos testimonio de ella, y os anunciamos esa vida eterna que estaba con el Padre y se nos ha manifestado. Os anunciamos, pues, lo que hemos visto y oído, para que tengáis comunión con nosotros, como nosotros tenemos comunión con Dios el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestra alegría sea completa" (1 Jn 1,1-4).

Debemos meditar todo el Evangelio y dejar que la Iglesia nos ayude esencialmente a vivir esto, la familiaridad con el misterio de Cristo, como San Juan vivió y fue testigo de ella en nombre de todos los apóstoles. Porque solo esto nos llena de alegría, de un gozo que es "nuestro", la alegría que se puede experimentar en la comunión entre los que viven en comunión con el Padre y el Hijo, en virtud del encuentro con Jesús, del encuentro que ha iniciado la familiaridad con Él y con el Padre absolutamente cotidiana, e incluso física ("lo hemos tocado con nuestras manos") y al mismo tiempo extraordinaria, porque se trata de familiaridad con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

San Pablo señala a los Efesios la misma conciencia del misterio extraordinario que se ha hecho familiar: "Por eso, ya no sois extranjeros, ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. Sois como un edificio levantado sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas; y el propio Cristo Jesús es la piedra angular. Unido a Cristo, el edificio entero va levantándose en todas y cada una de sus partes hasta llegar a ser un templo santo, unido al Señor. Así también vosotros, unidos a Cristo, os unís todos unos a otros para llegar a ser por medio de su Espíritu un templo en el que Dios habita" (Ef 2,19-22).

La expresión "familia de Dios – *oikeioi tou Theou*", en griego, da la idea de compartir la casa, de ser aquellos que viven en la misma casa con Dios, que están "en casa" en la casa de Dios. Por lo tanto, es más íntima que ser "conciudadanos de los santos", donde el término (*sym-polites*) significa compartir la ciudad, la *polis*, y, por lo tanto, una relación mucho menos íntima que ser "familiar".

Pero lo que es interesante en este pasaje de San Pablo es que nosotros somos la casa donde vivimos familiarizados con Dios. Dios nos edifica para ser una morada en la que Él sea familiar. Nos edifica cuando edifica la comunidad cristiana, construida "sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas" y que tiene a "Cristo mismo como la piedra angular". Y cada uno de nosotros se construye junto a los otros "para llegar a ser la morada de Dios a través del Espíritu". Todo esto se puede resumir en la conciencia que cada uno de nosotros debe tener de estar llamado a familiarizarse con Dios: esta familiaridad personal, sin embargo, no puede madurar si no es en la familiaridad de la Iglesia. Nos convertimos personalmente en la morada de Dios, el templo de Dios, en la medida en que participamos en la edificación de la Iglesia, permitiendo ser edificados en ella.

Pero una cosa es cierta: todo el "arsenal", personal y comunitario, tiene un solo propósito, un propósito común: vivir en familiaridad con Dios, en comunión con Dios, ser Sus amigos.

San Pablo nuevamente, en la segunda carta a los Corintios, retoma este tema, pero con respecto a nuestra resurrección después de la muerte. Él escribe: "Nosotros somos como una casa terrenal, como una tienda de campaña no permanente; pero sabemos que si esta tienda se destruye, Dios nos tiene preparada en el cielo una casa eterna que no ha sido hecha por manos humanas. De modo que suspiramos mientras vivimos en esta casa actual, pues quisiéramos mudarnos ya a nuestra casa celestial (...). Dios nos ha preparado para esto y nos ha dado el Espíritu Santo como garantía de lo que hemos de recibir" (2 Cor 5,1-2.5).

Dios nos creó precisamente para ser revestidos de nuestra "habitación celestial", esto es, para ser nosotros mismos hogar de Dios, como ya ahora comenzamos a serlo en la medida en que el Espíritu mora en nosotros. La resurrección después de la muerte, la resurrección de nuestros cuerpos, en última instancia, significa que la familiaridad de Dios nos va a definir por completo, que todo nuestro ser será comunión con Dios. Pablo siente la urgencia de vivir esto: "Pero tenemos confianza, y quisiéramos más bien salir de este cuerpo para ir a presentarnos ante el Señor" (2 Cor 5,8).

En resumen, cuando nos encontraremos en el Cielo, no nos reconoceremos tanto por nuestro rostro, por el nombre, por aquello que somos ahora, sino que nos reconoceremos como familiares de Dios, como quien vive con Dios, y en quien y con quien Dios habita. Esto no borrará nuestra identidad, por el contrario, la hará aún más particular, única, irrepetible. Y esto nos hará vivir una comunión profundísima, sin distancias ni extrañezas, porque será el único Dios en tres Personas quien estará familiarizado con cada uno y con todos nosotros. Dios será "todo en todos" y, por lo tanto, viviremos totalmente unidos a Él precisamente porque vivirá todo en todos (cfr. Col 3,11; Ef 4,6).